

S E Ñ O R

EGGO



---

ANÓNIMO

Despertó gracias a las gotas de lluvia matutina que abatidas caían en la ventana de esa habitación. El frío de la calle se impregnó en su alma. Miró por varios minutos la ventana, las gotas se deslizaban lentamente sobre el vidrio. Parecía un llanto mudo, constante, vacío, en el que unas gotas se unían con otras en una secuencia perversa y ella, perdida, trataba de encontrarse.

En medio de su hipnosis supo que esa lluvia le era ajena, al igual que el lugar en el que se encontraba. Intentando salir de ese letargo percibió a un sujeto. Le pareció un completo desconocido –aunque sabía exactamente quién era–. En silencio lo detalló mientras trataba de entender el porqué de su desnudez y notaba en ese cuerpo una colgante y

repulsiva lanza, que más se le parecía a un amasijo de piel arrugada y nauseabunda.

Pronto, él despertó. Tal vez, los ojos de ella transmitían una mirada tan aguda que logró perturbar su aparente impávida calma. Él abrió sus obscenos ojos mirándola con estupor por unos segundos, y luego, como quien se siente hinchado de ego, la saludó con una pavorosa normalidad que sólo reflejaba la banalidad de su alma. Le sonrió con cinismo y se levantó intempestivamente hacia la ducha de su casa.

Ella, transitoriamente sola, era embestida por mil preguntas. Recordaba poco a poco lo que había ocurrido, con una sensación permanente de zozobra, de desconcierto, de lesión... Aunque su atontamiento le im-

pedía reaccionar y hablar, ser ella misma, la de siempre, la mujer alegre, entusiasta, optimista y, sobre todo, despierta, su única certeza era saber que en ese momento no estaba ahí, divagaba en los recuerdos difusos de la noche anterior, tratando de descifrarse una y otra vez.

Al salir de la ducha, él realizaba una excelente actuación de cómo era la vida de un médico en la mañana, presumiendo cada minuto de su gran y apestoso ego. Ella sólo escuchaba palabras incomprensibles y no lograba traducir su precario idioma. Por el contrario, se dedicaba ansiosamente a vestirse dando vueltas en esa cama, casi como la obsesión de un perro persiguiendo su cola...

Al finalizar su rutina presuntuosa, él pidió un taxi. En un silencio sepulcral, salieron de esa habitación, de esa casa, de esa calle. En el auto, ella se sintió realmente despierta cuando él —en su burdo y escaso lenguaje— aclaró lo que ella trataba de entender. Le afirmó que su hambre por ella había sido saciada. Se escuchaba tan normal su afirmación, que ella alcanzó a dudar de su confusión.

Mientras todo esto pasaba su razonamiento era tan lento que llegaron al destino en el que él se despediría sin que ella musitara palabra alguna. Él se bajó cerca del hospital donde trabajaba y mandó un beso de esos fermentados, que no se alcanzan a recibir cuando ya se siente un olor a animal descompuesto. Ella lo miraba inerte mientras se alejaba en el carro y al alejarse surgían respuestas a sus preguntas, en un flujo lento y muerto, como la lluvia que seguía humedeciendo las calles y ahogando cruelmente su ser.

Así fue como la abordaron los recuerdos y la impotencia que da la sumisión e indefensión de alguien que no puede decidir por sí mismo. Recordó que la noche anterior en casa de él, por cierto, oscura y desordenada, todo era confuso... Ella sintió un sueño tan fuerte que al llegar al cuarto de él se des-

plomó en su cama, ansiosa por dormir profundamente. Y, efectivamente, así lo hizo.

A partir de aquí no sabe cuánto tiempo transcurrió. Al tiempo parecía nunca haberlo conocido. De pronto abrió sus ojos y él estaba encima suyo, acariciando con su pérfida lengua su centro de poder.

Nuevamente cerró sus ojos, sus párpados pesaban de tal manera que al abrirlos necesitaba la fuerza de cien elefantes, diez hércules y cinco ballenas halando primero un párpado y luego el otro. Cuando animales y semidioses se recuperaron, quién sabe en cuánto tiempo, ella abrió sus ojos y entendió que su desnudez no era normal. Sólo sabía que dormía y sólo quería seguir durmiendo así que cerró sus párpados, otra vez, con facilidad. En su sueño profundo ningún príncipe la despertó con un beso, por el contrario, un hombre patéticamente corriente la despertó al intentar varias veces atravesarle su fuente de energía, de luz, su fuente de vida.

Esta vez ella no necesitó de ayuda para despertar, pues el dolor reemplazó a los enérgicos cien elefantes, diez hércules y cinco ballenas. En ese momento, abriendo sus párpados lo más que pudo, extendió su brazo, dio una manotada al intruso y de ella emergió un sonido frágil pero honesto que ordenaba: ¡No! Al agotar todas sus fuerzas en estos tres movimientos simultáneos, cerró sus ojos y continuó durmiendo.

Luego de recordar los hechos y pensar en la normalidad que para él significaba ese escenario, una explosión de llanto saltó ahora desde sus ojos, desde su alma, desde su vientre... Y esas gotas gruesas y pesadas rodaban sobre su piel joven e ingenua, salándola, limpiándola, consolándola... con la única intención de sanar su dolor y pensando con aflicción seguir en ese taxi eternamente, sin ningún rumbo, sin destino, al menos, hasta que esa mujer despertara nuevamente sin pasado.